

...que las de la indiana sero y antecesor  
nes que a tu propio labio impartas, sean más eternas  
honra. Yo luego entiendo al Señor que las bendiciones  
en este pueblo de que eres más aún que antes gloria y  
sea tu Cálido que se honra con tu presencia; bendi-  
ministro. ¡Bendice bendice juntamente con nosotros!  
tante más te has recogido las primicias de tu episcopal  
ción nosotros tus hermanos mayores, inclinamos la  
laciones sobre este pueblo que tanto te ha amado. Y así  
por las naves de esta tu vieja Basílica, deramado ben-  
te, mi diócesis y la de mi digno compañero conductor  
instancia, cuando a mi lado a tu venerable consagra-  
medio de la grey que se aguarda. Centro de preces  
de los Obispos se espanta, antes que en esta parte en  
pueblo que forma una de las principales prerogativas  
deus el libro Pontifical que es facultad de bendecir al  
años han sido testigos de tus virtudes sacerdotales. O-  
ciso que haga de ellas partides a los que por tantos  
las bendiciones que sobre tu cabeza invocamos, es que  
Pero antes de partir a decretar sobre tu nueva grey



## DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA CONSAGRACIÓN DEL ILLMO. SEÑOR DON  
PERFECTO AMÉZQUITA, OBISPO DE TABASCO, EL DÍA 5 DE  
SEPTIEMBRE DE 1886, EN LA IGLESIA PARROQUIAL  
DE GUANAJUATO.

DISCURSO

PRELUDIO EN LA CONSAGRACION DEL LIBRO DEL SEÑOR POR  
FRANCISCO ANTONIO ORTIZ DE TARSA, EN DIA 2 DE  
SEPTIEMBRE DE 1886, EN LA IGLESIA PARROQUIAL  
DE GIBRALTAR.



*Zabulon in littori maris habitabit.*  
Zabulón habitará en la ribera del mar.

GEN. XLIX. 13.

**Q**UÁN tierno es el pasaje del Génesis en que Jacob moribundo bendice á sus hijos y les anuncia con sublimes palabras su suerte futura! Los dulces reproches á Rubén; los duros calificativos á Simeón y á Leví; el cúmulo de bendiciones sobre Judá y José y aun la preferencia, que á éste parece fortuita, hacia Efraim, están llenas de misterios que en estos solemnes instantes conviene investigar. Á uno toca el papel de astuta culebra en el camino de los impíos, *Dan coluber in via*; á otro se le destina una carga tan pesada, que se le compara á robusto y paciente animal, *Issachar asinus fortis*. Cachorro de león será Judá; Neftalí, ciervo suelto; Benjamín lobo rapaz; José es llamado piedra de Israel, y á Judá adorarán sus hermanos. Pero aunque di-

ferentes sus destinos, todos son altos, nobles, sublimes; aunque desiguales, todos los hijos de Jacob serán los jefes de numerosas y escogidas tribus, y todos aceptan con igual agrado la herencia del venerable Patriarca. Nadie envidia á Judá la selecta porción que le toca, en el terreno que encierra los preciosos restos de Raquel y en que nacerá el Mesías prometido; ni considera desdichado á Dan porque su heredad quedará colocada en los confines del territorio; Benjamín se establece gozoso en las montañas, y Zabulón marcha contento á habitar en las riberas del mar: *habitabit Zabulon in littore maris*.

He aquí, oh mi nuevo hermano, una figura del episcopado católico, á cuyo seno acabas de ingresar. Todos sus miembros son jefes, todos cabezas, todos caudillos; pero diversas son las venturas de cada uno y diferente su rango, por más que su misión sea igualmente noble y sublime. Á quién toca regir una Iglesia ilustre y ver honores y títulos mundanos agregados á su dignidad. Quién tiene que abandonar, como Abraham, su patria y su casa, é ir á tierras remotas á plantar en medio de los infieles el estandarte de la Cruz. Á uno lo sublima la Providencia en la flor de la edad; á otro aguarda para elevarlo hasta que la vejez ha arrugado su frente. Vemos á muchos destinados desde luego á tener bajo sus órdenes á los que en edad, en ciencia, en experiencia son sus mayores. En otros, por el contrario, se verifica al pie de la letra el dicho de la Escritura: *major serviet minori*. Pero en toda esta distribución de rebaños y dignidades, de territorios y misiones, vemos patente el dedo de la Providencia, que al mismo tiempo que ayuda con la gracia, escoge al individuo que por su carác-

ter, su educación, sus cualidades anteriores, es y parece más apto para la misión que se le confía.

¿Qué deberemos, por tanto, pensar de esa orden que has recibido de lo alto, de ir á habitar, cual Zabulón, en la ribera del mar? ¿Juzgaremos, como creen muchos de los que aquí tanto te aman, que marchas á un destierro á sepultar en ingratas playas virtudes que aquí debieran resplandecer? ¿Opinaremos, como otros, que debe ser tan sólo un escalón para ascender más alto, escalón sobre que has de saltar cual si fuera de fuego, sin siquiera dejar la huella de tu planta? ¡Lejos de nosotros tan temerario sentir! Bastarán breves reflexiones para que todos comprendan que las misiones lejanas y difíciles son las que más honran al Pastor á quien se confieren. Veremos en seguida que esos puestos de honor son una recompensa de méritos pasados. Á esto se reducirá mi breve discurso.

No sólo en nuestra sagrada milicia, sino aun en la carrera de las armas, ha sido error común el ver de reojo, ó tener en menos, á los que escogen, de grado ó por obediencia, regiones remotas para teatro de sus hazañas. De esta suerte, narra la historia que al volver Hernán Cortés de la conquista de México, juzgábanse en España sus proezas harto inferiores á las de Gonzalo de Córdoba. El mismo Emperador Carlos V, tan conocedor de los hombres y de las cosas, prefirió á los consejos del Conquistador de México los de capitanes menos experimentados, y vió estrellarse en las costas de África juntamente con la nave que lo conducía, la de su fortuna mundanal.

De igual modo opinamos al tratarse de las conquis-

tas en el reino de Dios. ¿Vuela de buen grado un misionero á evangelizar tribus de infieles? ¿Es mandado algún Prelado como Vicario del que hace las veces de Cristo á inculta comarca donde no se eleva suntuosa catedral, ni hay clero numeroso ó pueblo fiel que le rinda homenaje? El primer sentimiento que experimentamos es de compasión, que á veces degenera en poco menos que desprecio, á veces se torna en deseos de sacarlo del que consideramos su purgatorio.

Y sin embargo no es tal la mente de la Iglesia, no fué tal la intención de Jesucristo al enviar á sus Apóstoles y á los sucesores de éstos á predicar el Evangelio por todas las regiones del globo. Era España, al fundarse el cristianismo, una región considerada bárbara y remota, muy inferior de seguro á la culta Roma y á la docta Atenas. ¿Y á quién designó el Espíritu Santo para predicar, y por cierto que con éxito escaso al principio, la Buena Nueva? Nada menos á uno de los que más se habían distinguido en el Senado Apostólico, al más fogoso de los Doce, al Hijo del Trueno; al amigo íntimo de Jesús, que mereció ser uno de los tres que presenciaron su Transfiguración en el Tabor, su agonía en el huerto, y milagros que no á todos fué dado contemplar. Premio, al mismo tiempo que prueba de altísima confianza, fué enviar á Santiago á aquella remota y todavía inculta región, que en los principios rehacia, había de ser después el principal baluarte de la Iglesia.

Cuando siglos más tarde el Pontífice San Gregorio quiso enviar misioneros á aquella isla tan apartada, que Virgilio apellidaba á sus habitantes *toto penitus divisos orbe Britannos*, ¿á quién escogió el gran Pontífice? ¿Por

ventura fué á buscar los desechos de los monasterios, á entresacar los caracteres más turbulentos, á los más ignorantes y despreciados? Muy lejos de eso, una falange de monjes sabios y doctos como pocos, fueron los designados para tan gloriosa empresa, y á su frente se puso á Agustín, santo entre los santos, sabio entre los sabios, fundador de la Sede gloriosa de Cantuaría, y venerado en los altares por todas las generaciones como el Apóstol de Inglaterra.

Y aquel santo varón, tan conocedor de los hombres y del mundo, Ignacio de Loyola, ¿á quién eligió para evangelizar las remotas Indias? Es cierto que entre el puñado de estudiantes de la Universidad de París que constituían entonces su Sociedad, imposible habría sido hallar un ignorante ni un díscolo; pero precisamente puso los ojos en el más docto y en el más santo de todos; en el que más había brillado en las aulas, y más que nadie iba á resplandecer por su heroica virtud y milagros.

Pero ¿cómo es posible que ese talento tan insigne y ese celo tan maravilloso se pierdan entre aquellos incultos y fanáticos infieles? ¿Cómo no dejar á Francisco Javier en las cultas ciudades de Europa, para que con su saber y su áurea elocuencia confunda á los herejes de Alemania y sostenga en la fe á los príncipes vacilantes y á los letrados tráfugas?

El mismo Francisco respondía desde el remotísimo teatro de su apostolado á tales preguntas. Célebres se han hecho las palabras de aquella carta, en que decía desde el fondo del Asia: “¡Ah! ¡cuántas veces me ha venido á las mientes el ir á recorrer una á una las Univer-

sidades de Europa, en especial aquella de París, y á riesgo de que me tomen por loco, gritar allí á esa muchedumbre de estudiantes: ¡ay de vosotros! ¡qué número incalculable de almas se ven privadas de la gloria por culpa vuestra, y lanzadas á los infiernos porque les hace falta vuestra predicación! ¡Ojalá que ese empeño que han puesto en adelantar en las letras, lo pusiesen ahora en dar cuenta á Dios de su ciencia y de los talentos que han recibido!”

En otras cartas, menos conocidas, describe minuciosamente las cualidades que se requieren en los que pide por compañeros de su apostolado. Doctrina, ciencia profunda, letras, virtud probada, experiencia adquirida en diversos viajes. . . . Hasta parece en el santo sobrada exigencia, y así la juzgará quien no conozca cuánto más difícil es la carrera de un sacerdote que vive entre infieles ó tibios cristianos, que la misión del que se ve rodeado de piadosos feligreses y celosos y doctos colaboradores.

Y si tanto se exige en el soldado ¿qué será en el jefe? En todas partes debe ser el Obispo doctor, como nos dice San Pablo, *oportet Episcopum esse doctorem*; pero más donde no tendrá consejeros ni consultores, donde no podrá siempre haber á las manos libros que lo saquen de dudas. En todas partes conviene que sea irrepreensible, *irreprehensibilem esse*; pero más en aquellas comarcas donde la corrupción general de costumbres hace que se crea imposible la virtud; donde, más aún que en tiempo de San Jerónimo, quién criticará los pasos del Prelado, quién sus miradas, quién su modo de reir. Aun en los países más cristianos conviene que el Obispo sea

prudente, *oportet Episcopum esse prudentem*. Pero qué dosis de prudencia tan abundante no se requiere en donde nadie disimulará la menor flaqueza, en donde todos, al par que niños en la fe, son viejos por la refinada malicia con que juzgan de sus jefes espirituales.

Aunque no al fondo del Asia, ni al corazón de África, marchas, oh venerable Hermano, á una región erizada de dificultades. Tu digno predecesor podrá mostrarte algunas de las espinas que allí desgarraron su anciana frente. Por él sabrás que si lleno de celo quieres adornar el templo del Señor, y sostener el decoro del culto, tu desinterés se juzgará latrocinio. Él te dirá que si pides lo que de justicia se debe para dar gloria á Dios y sustentar á sus ministros, todos te llenarán de denuestos y te acusarán de avaricia.

Pero precisamente por estas dificultades, acrecidas más bien que allanadas en los últimos años; precisamente porque aquel mar está erizado de escollos, es por lo que el Supremo Jerarca te ha designado para tan ardua misión; y sabedor de tus buenas obras anteriores, conecedor de tus bellas cualidades, ha dicho como el Patriarca Jacob: “No, no es la quietud de las montañas para este siervo fiel y prudente. Quédense los pusilánimes apacentando en seguros apriscos dóciles rebaños; á éste toca ir á luchar con las tempestades; á éste conviene que vaya á las remotas playas del Océano á lidiar y vencer: *habitabit Zabulon in littore maris*.”

Sí, venerable Hermano, lo que tus amigos se figuran destierro, no es sino una altísima recompensa á tus anteriores méritos y virtudes. Ya San Pablo lo escribía á su discípulo: los sacerdotes que se han distinguido en

los anteriores ministerios, que han sido buenos administradores de más humildes iglesias, es justo que sean elevados al doble honor de la plenitud del sacerdocio: *hi qui bene præsunt presbyteri, duplici honore digni habeantur.* Tal es tu situación, y este pueblo fiel que te circunda de tal suerte conoce tus méritos, que superfluo parecería en mí enumerarlos. Aquí te vieron, apenas iniciado en el sacerdocio, resucitar en humilde rincón el Colegio poco antes tan floreciente de León, y entonces destruido por el soplo revolucionario. Aquí te vieron, joven aún pero con madurez de anciano, dirigiendo á las Hermanas de la Caridad, y estableciendo por todas partes cofradías, asociaciones, y todo esto en medio de dificultades sin número y de rudos golpes aun de las manos más veneradas. Pero á través de todos los escollos te abrió paso tu invicta paciencia, y cuando te fué cometida la cura de estas almas, ¡oh cuántas empresas, cuántas fundaciones pudiste llevar á cabo, ya sin oposición, ya sin obstáculos, ya sin envidia! Justo era, pues, que á quien tan fiel fué en lo poco, se le diera mucho; que á quien manejó bien diez talentos se le constituyera gobernador de diez ciudades; que al que simple presbítero presidió bien y gobernó rectamente su iglesia, se le concediera el honor del episcopado: *hi qui bene præsunt presbyteri, duplici honore digni habeantur.*

Pero otra consideración más poderosa ha influido para que en tí se fijen los ojos del Vicario de Cristo y te honre con la misión de ir á evangelizar tierras tan lejanas y de habitar en la ribera del mar. Desde que abrazaste el noble estado religioso, has sido fiel hijo de esa amorosa madre tuya, que se llama la Congregación de la

Misión. Ningún afecto humano, aun legítimo, ha cabido en tu pecho. Yo he sido testigo de las instancias y porfías de tus allegados, ya para que los llamaras á vivir cerca de tí, ya para que partieras con ellos el pan de los pobres. Yo he visto también la apostólica fortaleza con que has resistido á todas sus asechanzas, y has conservado todo tu amor para tu Congregación, todo tu haber, si haber tiene el que ha profesado pobreza, para la Iglesia y para los pobres de Cristo.

Bien haya ese amoroso desamor, ese desprendimiento de la familia que solo puede formar grandes apóstoles y que nos distingue de los seudo misioneros de la herejía. Sin él todo se enerva en el sacerdocio; sin él se ofuscan las más brillantes cualidades; sin él nos volvemos pusilánimes y cobardes, nos asusta el sol, nos arredra la nieve, nos amilana una calentura, nos hace huir vilmente el más pequeño animal ponzoñoso. Lleva, lleva á la ribera del mar ese espíritu cenobítico y esos hábitos monásticos que aquí te han distinguido. Ellos serán allí tu salvaguardia, y te atraerán el respeto aun de los enemigos más encarnizados de la Iglesia. No te salvarán, es cierto, de las saetas de los impíos; pero pronto se disipará la calumnia y brillará el sol de tu virtud más refulgente en medio de las nubecillas que en derredor tuyo se congreguen. Por monje te ha escogido el Supremo Jerarca: sé monje siempre como lo fué Agustín en Hipona, como lo fué el Crisóstomo en Constantinopla.

Dentro de breves instantes entonarás tres veces como lo manda el rito: *ad multos annos.* Esta es la bendición que yo te auguro: muchos, muchos años, no de quietud sino de luchas, no de honores sino de virtudes, muchos

años en Tabasco, muchos años en esa ribera del mar en que por disposición divina has de habitar, y de que sería delito el querer salir. *Ad multos annos*, sí, muchos años respire esas frescas brisas y ese aire tibio y embalsamado tan grato y tan embriagador. Si San Gregorio sólo encontró en su ciudad episcopal siete cristianos al tomar posesión, y solo dejó siete infieles al separarse, tú que entras á gobernar bajo mejores auspicios, ¿no obtendrás mejores triunfos? Yo te auguro en tu episcopado todas las bendiciones juntas que el Patriarca Jacob invocaba sobre cada uno de sus hijos. Sé como Dan *coluber in via*: sigue tu camino con esa prudencia que tanto se requiere en el mundo, de que es tipo la serpiente y de que nos dan ejemplo las potestades seculares. No creas que allí afluirán á tus manos, como ha sucedido en esta cristiana ciudad, limosnas copiosas y generosos donativos. ¡Guárdate de pedirlos antes que hayan visto tus buenas obras! No llesves á mal que te recuerde un ejemplo profano, que á menudo me viene á las mientes y que me complazco en citar. Acababa José Bonaparte de usurpar el trono de Nápoles, á que lo habían conducido las victorias de su hermano, y uno de sus primeros actos fué imponer á sus súbditos onerosa contribución. “¡Imprudente! (le escribió al momento Napoleón). ¡Imprudente! ¡Necesitas el amor de tus pueblos y empiezas por pedirles dinero! Verás á tu costa que ni amor ni dinero te otorgarán.” ¡Ah! No se le parecerá tu gobierno. Estoy seguro que preferirás hambre y miseria antes que comprometer los sagrados intereses que se te confían; que serás para los trabajos apostólicos incansable como hasta aquí, *Issachar asinus fortis*; que ya

en las barcas de los ríos y del Golfo, ya en tu caballo á través de las montañas, volarás de un lado á otro, en tu obra de evangelización, como ciervo esbelto que no ha sentido el peso de las cadenas. *Nephtali cervus emissus*. Sé, como Benjamín, lobo rapaz, *lupus rapax*, para arrebatarse al infierno su presa; sé, como José, roca firme de Israel, baluarte de la verdad y de la Iglesia. Entretanto, va á verificarse aquí mismo la profecía dirigida á Judá. Ese Prelado, venerable por años y por haber sido tu jefe espiritual en la Congregación de la Misión; el digno Pastor de la diócesi en que tanto has trabajado; y por último, el menor en méritos y en edad, pero mayor que todos en años de episcopado; el que después de haber sido tu compañero de penas y fatigas, es Obispo de la diócesi en que naciste, nos vamos todos á inclinar delante de tí y á recoger las primicias de tus bendiciones. ¡Que las que sobre nosotros y sobre tu pueblo derrames hoy y en lo futuro, vuelvan á caer centuplicadas sobre tu sagrada cabeza!

